

[Imprimir Página Web](#)

Irán en la encrucijada

Ramón Blecuá

ARI Nº 89-2002 - 29.10.2002

En los dos últimos años, la situación política en Irán ha estado dominada por una prolongada lucha por el poder entre distintas facciones, alineadas a grandes rasgos en dos campos opuestos definidos como la facción reformista y la conservadora. Esta definición ampliamente aceptada podría resultar ser una simplificación engañosa del complejo sistema político del país, siendo ésta una de las razones por la que muchas predicciones sobre la evolución del régimen han demostrado ser erróneas. Tal y como Wilfred Buchta argumenta en un profundo ensayo sobre la estructura del poder en Irán, "estas facciones pueden asumir posiciones muy distintas sobre distintos asuntos, lo que hace imposible clasificar de manera precisa a un determinado individuo como más moderado o más radical".

En primer lugar, la Constitución de la República Islámica de Irán establece una dualidad de centros de poder que se da en toda la estructura política del país, enfrentando una serie de instituciones controladas por los clérigos con las instituciones republicanas elegidas. El sistema político formal está dominado por el Líder Supremo de la Revolución y sus instituciones asociadas: el Consejo de Guardianes, el Poder Judicial, las Fuerzas Armadas y el Aparato de Seguridad y una red de comisarios religiosos que le representan en todas partes. Por otra parte, el Presidente, el Parlamento y los Consejos Locales se eligen democráticamente en un proceso bastante abierto, una vez que el Consejo de Guardianes ha dado el visto bueno a los candidatos. Por último, hay una tercera instancia, el Consejo de Conveniencia, que actúa como árbitro político y como tribunal constitucional, con el fin de evitar que se produzcan puntos políticos muertos en casos de conflicto institucional entre el Parlamento y el Consejo de Guardianes. Desde 1997, el ex-presidente Rafsanjani ha presidido este Consejo, dotándole de un perfil altamente político.

Aparte de este complejo sistema, existen múltiples centros informales de poder que se entrelazan a través de toda la sociedad iraní, basados en diversos grupos de intereses, círculos clericales, fundaciones revolucionarias, redes de patrocinio, relaciones familiares, etc. El sistema subterráneo de relaciones personales tiene una influencia considerable en los procesos de toma de decisiones, siendo el motivo de muchas de las políticas contradictorias y de las cambiantes alianzas observadas a través del espectro político.

Estas redes interrelacionadas son la principal causa de la estabilidad de la República Islámica a lo largo de todas las crisis políticas de los últimos años. Al mismo tiempo, éstas hacen al sistema ineficaz y poco consistente a la hora de buscar un curso de acción tanto en la política interna como en la política exterior. El Dr. Mahmoud Sariogham ha rastreado los orígenes de esta situación hasta las raíces tribales de la cultura política iraní, "en las que los contactos personales determinan el acceso a posiciones de poder y a otros privilegios económicos, creando el caos en diversas esferas sociales, económicas y políticas e infundiendo un espíritu de dualismo en la sociedad".

La elección del Presidente Jatamí es considerada por muchos un punto de inflexión en la historia de la República Islámica, poniendo en marcha un proceso de cambio social y político que afecta a todo el sistema. Hasta las elecciones parlamentarias de febrero de 2000, las aplastantes victorias del Movimiento Reformista conmocionaron al estamento clerical, alimentando las esperanzas de la mayoría de la sociedad iraní, el 70% de la cual está constituida por personas menores de 30 años. En el momento actual, un año después de que el Presidente Jatamí fuera reelegido con el abrumador apoyo del 76% de los votos, el permanente punto muerto político, las cada vez mayores grietas en el sistema y el aumento de las tensiones sociales y económicas constituyen una seria amenaza para la futura estabilidad política del régimen. La explicación reside en una combinación de contradicciones intrínsecas del sistema político, en una serie de errores estratégicos cometidos por los reformistas y en la decidida reacción de los conservadores.

El Movimiento Reformista, organizado alrededor de la carismática figura del Presidente Jatamí, tuvo sus mejores días a principios del año 2000, pero fue en ese preciso momento cuando una serie de graves errores de cálculo, comenzando por una ofensiva fuera de tiempo contra el poderoso ex-presidente Rafsanjani, precipitaron la caída del Movimiento. Sus divisiones internas y la falta de decisión en momentos críticos fue otro factor que permitió a los conservadores invertir la situación y tomar la iniciativa política. Por otra parte, la aplastante derrota en las elecciones al Parlamento convenció a los diversos grupos conservadores de la necesidad de unir fuerzas para enfrentarse de este modo a la amenaza de perder el control del sistema político y todos los privilegios económicos

asociados con éste.

La neutralización del movimiento estudiantil, después de que los partidarios de la línea dura orquestaran una serie de provocaciones que fueron la excusa para la disolución de la principal organización estudiantil (OFU) y el encarcelamiento de varios de sus dirigentes, privó a los reformistas de su fuerza de choque. Tras ello, el siguiente objetivo de los conservadores fue la oposición laica tolerada, desencadenando un proceso masivo contra los dirigentes del Movimiento por la Libertad de Irán. Los juicios a unos sesenta intelectuales y activistas políticos críticos, algunos de ellos primeras figuras en el primer gobierno de la Revolución, finalizaron en julio de este año, con el resultado esperado de la disolución del Movimiento y sentencias de cárcel para 33 de sus miembros con la acusación de conspirar contra la República Islámica. Estas iniciativas del poder judicial no fueron actos aislados contra los adversarios políticos, sino que formaban parte de una estrategia para poner en vigor nuevas reglas en el juego político. El discurso del Líder Supremo, el Ayatollah Jamenei, durante la ceremonia para rubricar la elección del Presidente Jatamí el año pasado, no dejó dudas sobre su apoyo al retorno a la ortodoxia política de la Revolución según la interpretan los conservadores.

El presidente Jatamí y los reformistas pensaron que sacrificar a sus partidarios más radicales les podría permitir alcanzar un nuevo consenso con los conservadores, pero pronto se demostró que estaban equivocados. A pesar de todas las referencias a la necesidad de reforzar la unidad nacional, el poder judicial lanzó una nueva campaña dirigida a los diputados más críticos, citándolos a comparecer ante los tribunales y condenando a tres de ellos a prisión por sus intervenciones en el parlamento, atacando directamente el principio de inmunidad parlamentaria. Hussein Loqmanian, un diputado reformista y antiguo héroe de guerra, fue encarcelado en diciembre del pasado año. Después de algunos días, en los que la tensión política había alcanzado niveles críticos, fue liberado por un indulto del Líder Supremo. Los reformistas consideraron esta liberación una victoria, pasando por alto el hecho de que el mismo día, el Consejo de los Guardianes, dominado por los conservadores, fallaron contra la garantía de inmunidad parlamentaria, que expone a los diputados a un chantaje permanente.

En este punto hemos de tener en cuenta el enorme impacto que han tenido en el debate interno los acontecimientos del 11 de septiembre y la nueva política americana en la región. Tras los devastadores ataques terroristas contra EEUU, las autoridades iraníes parecían dispuestas a dar pasos, sin precedentes, hacia el comienzo de un diálogo con Washington, diálogo basado en un posible interés común en Afganistán e Irak, en el que la colaboración iraní sería esencial para EEUU. No obstante, las luchas internas entre facciones no hicieron posible adoptar una postura común, pudiéndose adoptar únicamente una solución de compromiso en la que se hacían críticas en público a la vez que se mantenía una discreta colaboración con las operaciones militares en Afganistán.

Al tiempo que intentaban satisfacer a Washington, los conservadores incrementaron puertas adentro su retórica antiamericana como herramienta útil para debilitar a los reformistas, estos últimos favorables a un diálogo con EEUU. El Líder Supremo Ayatollah Jamenei hizo varias declaraciones en las que afirmaba que proponer negociaciones con EEUU equivalía a una traición, puesto que el objetivo final de este último es el derrocamiento de la República Islámica. Por primera vez se debatió públicamente la brecha abierta entre el interés nacional y el interés de la elite religiosa. Los conservadores sintieron el peligro de la situación e incluso llegaron a reclamar la intervención del alto mando de los Guardianes de la Revolución, que manifestó su apoyo al Líder Supremo y acusó a los reformistas de traición por compartir los mismos objetivos políticos que los americanos. Este mensaje fue reiterado por el jefe de la justicia militar, el Hodjatoleslam Niazi, que advirtió de que "algunos hipócritas se han infiltrado en las instituciones del régimen y buscan socavar la autoridad del Líder Supremo y separar la religión de la política, así como debilitar a las Fuerzas Armadas, sirviendo a los intereses de EEUU e Israel".

Las declaraciones de la Administración Bush, especialmente las declaraciones del Presidente del 12 de julio, han aumentado las sospechas del clero conservador sobre una nueva estrategia americana de subversión interna. La decisión de hacer un llamamiento directamente al pueblo iraní por encima del presidente electo y de las instituciones, consideradas débiles e inefaces, no dejaba espacio a ningún interlocutor para un posible diálogo, apuntando hacia una probable trayectoria de colisión futura con la República Islámica. Últimamente, la retórica anti-iraní ha estado sorprendentemente ausente de las declaraciones públicas de la Administración Bush, una señal de que Washington ha tomado nota de los gestos conciliatorios del régimen iraní respecto a eventuales operaciones en Irak. En este sentido es bastante significativo el intercambio de mensajes que está teniendo lugar con los conservadores de Teherán.

Los partidarios de la línea dura consideraron que esta situación ofrecía una oportunidad de utilizar para su propio provecho la agresiva retórica americana, defendiendo la necesidad de declarar un estado de emergencia, purgando del régimen los elementos liberales prooccidentales. Mientras tanto, continuaron acosando a los parlamentarios más criticados, como Mohsen Mirdamadi, cerrando el periódico "Norouz" y condenándole a seis meses de cárcel. Atacando

a las figuras prominentes del Frente de Participación del Irán Islámico, el núcleo del Movimiento Reformista, los conservadores ofrecían una señal clara de que no tenían intención de buscar un nuevo consenso político y de que su objetivo era reafirmar su poder reforzando la supremacía de las instituciones controladas por el clero.

Los reformistas han respondido presentando su propio ultimátum a los conservadores, amenazando con dimitir en masa y abandonar los puestos para los que fueron elegidos en el parlamento y en el gobierno, eventualmente forzando la dimisión del propio presidente. Esta decisión haría que el régimen afrontara una crisis de legitimidad sin precedentes y que se produjera como resultado más probable un posible golpe autoritario, con el riesgo incluso de una implosión de sistema. La nueva dirección elegida del Frente de Participación Iraní ha asumido una actitud más combativa desde su congreso anual de mediados de julio, cuestionando incluso la autoridad del Presidente Jatamí como dirigente del Movimiento Reformista. En la misma ocasión en la que presentó el informe anual del partido, el hermano del Presidente amenazó con que "podrían continuar su actividad política fuera del sistema, abandonando un régimen que carece de una base suficiente de legitimidad", advirtiéndole además que la situación era extremadamente inestable, y que si se detenía el proceso de reformas, las únicas alternativas eran las conservadoras.

Por último, el presidente Jatamí ha tomado la iniciativa de presentar una nueva legislación al parlamento que aumentaría sus poderes presidenciales y limitaría la capacidad del Consejo de los Guardianes para descalificar a los candidatos de las elecciones parlamentarias y presidenciales. Incluso ha declarado que si el Consejo de los Guardianes vetara las leyes, solicitaría un referéndum, dimitiendo incluso si el Líder Supremo no lo aceptara. Aunque algunas personas han considerado esta iniciativa como un intento desesperado para reconquistar parte del capital político perdido, su posición ha recibido apoyo en el frente exterior con la aprobación, el 19 de junio, del mandato para la negociación de un Acuerdo Comercial y de Cooperación con la Unión Europea. En un momento de intensa presión externa, ha sido capaz de presentar un triunfo de su política de acercamiento con Occidente para los intereses nacionales de Irán, en contraposición con la falta de legitimidad internacional de los partidarios de la línea dura. En su reciente comparecencia en el parlamento del 20 de octubre, el presidente Jatamí defendió su petición de más poderes para impedir una deriva autoritaria del régimen, pidiendo no retroceder frente a las amenazas o a las presiones.

Las tensiones políticas han aumentado muy notablemente en los últimos meses, puesto que la situación interna se dirige hacia una crisis de gran magnitud. El otro factor que contribuye a una presión cada vez mayor es la creciente frustración por parte del electorado, dado el empeoramiento de las condiciones socioeconómicas y la falta de resultados después de cuatro elecciones consecutivas ganadas por los reformistas. El desempleo creciente, que aumenta cada año en medio millón de personas, y el deterioro de la situación local, tal y como demuestra el aumento en la fuga de cerebros y de la corrupción, son problemas reconocidos por políticos de todas las facciones; el consumo de drogas, la prostitución y un aumento de la criminalidad son fenómenos crecientes relacionados con una penuria económica cada vez mayor. El gobierno ha intentado reducir la tensión aumentando el gasto, en los presupuestos de este año, en un 54%, para el aumento de los salarios y para programas de créditos para la creación de empleo. Aún así, el proceso de privatización es muy tímido debido al temor a agravar la falta de empleo. La nueva ley de promoción de las inversiones extranjeras, aprobada finalmente por el Consejo de Conveniencia, ha quedado por debajo de las expectativas, dejando pendientes demasiadas incertidumbres como para poder tener un efecto inmediato. Los ingresos por petróleo mantendrán a flote el sistema por el momento; sin embargo, la falta de una reforma estructural real se hará cada año más costosa, puesto que millones de jóvenes se incorporan anualmente al mercado laboral.

En esta situación, todas las facciones afrontan unos dilemas de difícil solución. Los conservadores pueden controlar por medio de los servicios de seguridad y de las fuerzas paramilitares, y sin demasiada dificultad, a una oposición dividida y sin liderazgo ni organización eficaz. Sin embargo, la exclusión de los reformistas del poder daría lugar a una crisis de legitimidad que amenazaría la supervivencia del sistema. Es improbable que en las circunstancias actuales, la mayoría de los conservadores respaldaran una solución extrema como sería la declaración del estado de emergencia, con el consiguiente riesgo de aislamiento internacional, a menos que se sintieran acorralados. En este momento no parece probable que se lleve a efecto la amenaza de retirada del IPF de las instituciones electas, dado que esto podría llevar a un suicidio político y dado que ello significaría renunciar a algunos de los privilegios inherentes al hecho de conservar las posiciones de poder obtenidas. Además, las divisiones dentro de la élite religiosa, evidentes por la reciente dimisión de director de oraciones de Ispahán, el Ayatollah Taheri, en abierto desafío de la autoridad del Líder Supremo, podrían convertirse en una amenaza para la legitimidad religiosa del régimen. Las declaraciones recientes del Gran Ayatollah Montazeri apoyando a Jatamí también podrían ayudar a que los religiosos liberales tomaran parte en la batalla política que se avecina.

En el momento actual, una salida autoritaria constituye una posibilidad remota, si bien las próximas elecciones podrían forzar un enfrentamiento de consecuencias imprevisibles en el que ni siquiera se podría excluir la posibilidad de la dimisión del presidente Jatamí. Las distintas facciones están maniobrando activamente para afrontar la era post-Jatamí, una situación que permite que el ex-presidente Rafsanjani desempeñe un papel clave como eventual

árbitro de la situación.

En la situación actual de Irán, la utopía de Jatamí de integrar las demandas sociales en el sistema político por medio de un proceso de reforma gradual parece cada vez más fuera de lugar, tal y como afirmó recientemente Alí Nourizadeh, un analista político iraní. Es sin embargo innegable que sus esfuerzos para crear una nueva cultura política en el país, apoyada por una sociedad civil más robusta, han enraizado sólidamente. El modo en el que el sistema político iraní ha ido derivando hacia una mayor transparencia y hacia un debate más abierto hubiera sido impensable hace unos pocos años. Además, las nuevas generaciones exigen cambios que no pueden posponerse indefinidamente. Puede que no llegue a ver una realización completa de sus ideales, pero su legado ciertamente será un punto de referencia para el futuro. Son pocos los analistas que no están de acuerdo en que el proceso político en Irán tendrá escasas posibilidades de éxito si no se basa en las fuerzas internas del país, una razón sólida por la que la única alternativa posible parece ser el objetivo del presidente Jatamí de llegar a acuerdos por medio del diálogo en vez de mediante la confrontación.

La Unión Europea, cuyos dirigentes, ministros y parlamentarios han visitado repetidamente Irán en los últimos años, en contraste con la falta de contacto directo con el país de los funcionarios americanos, ha apostado por el éxito final de un proceso hacia la transición política gestionado internamente. La declaración conjunta de la UE con ocasión de la aprobación del mandato para la negociación del ACC establece claramente que su objetivo último es apoyar el proceso interno hacia la democracia y las reformas económicas. La Declaración del Alto Representante de la UE para Política Exterior y Seguridad, Javier Solana, durante su reciente visita a Teherán, insistía en los mismos principios en un claro mensaje a las autoridades iraníes. No obstante, también está claro que el proceso del diálogo UE-Irán podría convertirse en rehén de las luchas internas entre las facciones. En el momento actual, los dirigentes iraníes deberán afrontar las difíciles y decisivas alternativas a elegir que determinarán el curso futuro de la República Islámica.

Ramón Blecuá
Diplomático español

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

Subir ▲